

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PUBLICAR O PERECER

FILOSOFIA DE CATEDRA

A fines del siglo pasado, se hablaba con frecuencia en Alemania de «Kathederphilosophie», «filosofía de cátedra» o de «catedráticos». Así encontramos esta expresión, despectivamente, en Dilthey, que solía señalar cómo lo más vivo de la filosofía era otra cosa. La importancia social de la Universidad, sobre todo alemana, en los últimos decenios del siglo XIX era muy grande, y los profesores ejercieron un influjo que a veces llegó al terrorismo. Pocos años después, Unamuno hablaba de la «inquisición científica», y todavía más tarde se refería Ortega al «terrorismo de los laboratorios». Fenómenos todos ellos relacionados con diversas formas de «poder social», que luego resultan haber tenido poco que ver con la realidad intelectual, especialmente con sus formas creadoras.

Estos años que estamos viviendo se parecen extrañamente al final del siglo XIX. Ayer asistí a un concierto. De su contenido musical no quiero hablar, porque abarcaba dos siglos y medio y, sobre todo, porque mi competencia es nula y siempre he aspirado a no ser un «hombre-masa», a no pretender autoridades que no tengo. Pero el escenario parecía de 1880. Había una deliciosa contralto, que se parecía a la «Madonna del collo lungo» del Parmigianino; un tenor, un barítono, un flautista con elegantes barbas victorianas o bismarckianas; hasta en las cabezas jóvenes, en las figuras del coro, al fondo, había reminiscencias de hace un siglo. Todo ello resultaba encantador, pero con una sospecha de mascarada, de «juego», que sería algo atractivo y admirable si se tomara como tal, es decir, la realidad inexorable e inescapable. Por eso tantas cosas de nuestro mundo no son lícitas, necesarias «diversión», sino escapismo, suplantación, falsedad.

Pues bien, en estos últimos años ha retoñado la «Kathederphilosophie». Con una diferencia: que hace un siglo había unas cuantas Universidades en cada país importante, una o dos en los menos importantes, ninguna en enormes regiones del mundo; y en cada Universidad había poquísimos profesores de Filosofía; es decir, que los representantes de la Kathederphilosophie, aunque muchos más que los filósofos, eran unas cuantas docenas.

En cambio, ahora hay «millares» de Universidades; en los Estados Unidos, entre universidades y «colleges» grandes y pequeños pasan de los dos mil; en los países de Europa se han multiplicado y desdoblado; en los de América han brotado como hongos en la humedad, de la noche a la mañana, sin que se sepa muy bien cómo. Además, las Universidades actuales suelen ser enormes; tienen, no un titular de cada cátedra, sino decenas de profesores de cada disciplina.

Casi todos publican; porque hay facilidades —editoriales,

revistas—; porque no hay más remedio, ya que en muchos lugares impera el principio «publish or perish», publicar o perecer. El resultado es la inundación bibliográfica, la proliferación de nombres y nombres de «filósofos» que son profesores en tal o cual institución.

Uno se pregunta si esto tiene mucho que ver con la realidad de la filosofía, ocupación que siempre ha sido minoritaria en grado extremo. Si se mira una «Historia de la Filosofía», a menos que sea un tratado eruditísimo y voluminoso, los filósofos estudiados difícilmente pasarán de doscientos o trescientos; si se incluyen todas las menciones, incluidos los personajes simplemente relacionados con la filosofía, quizá se podrá llegar a quinientos o mil nombres, según la extensión de los tratados. Adviértase que se trata por lo menos de todo Occidente y de algo más de veinticinco siglos.

No es infrecuente que cualquier pequeño libro de hoy, que se ocupe de algunas tendencias filosóficas de los últimos diez o quince años, reducidas a un sólo país o unos pocos, incluya referencias a «varios centenares» de nombres. Cada día que pasa nos acercamos más al nomenclátor como principal género literario.

¿Son filósofos estos señores? No, son profesores de filosofía. ¿Tienen una doctrina? Por lo general han publicado un libro —o más probablemente un artículo— en que dan forma crítica a alguna trivialidad o descalifican la historia entera de la filosofía, desde Tales de Mileto hasta ellos mismos (o hasta algún profesor inglés o centroeuropeo que fue oscuro hasta después de 1945). Todos se citan unos a otros, con lo cual el número de referencias entrecruzadas se multiplica progresivamente. Por fortuna, se están generalizando mucho las pequeñas máquinas de calcular de bolsillo, con pilas eléctricas, y cualquiera podrá hallar sin esfuerzo el número de referencias bibliográficas de un decenio.

Pero, ¿qué puede hacerse con ellas? Computarlas, archivarlas, ordenarlas cronológicamente o alfabéticamente. Si en un libro de 200 páginas se habla de 300 autores, evidentemente el lector no puede averiguar qué piensan; ni siquiera es muy probable que lo sepa el autor del libro; ni aún es seguro que piensen, porque probablemente lo que han hecho ha sido leer otros libros y revistas, hacer fichas de nombres y títulos, citarlos. ¿Cómo va a quedarles tiempo para pensar, espacio en sus escritos para exponer lo que han pensado?

A lo que más se parece esta situación es a la del automóvil en las grandes ciudades. Gracias a él, quiero decir a su número, no se puede ir en automóvil a ninguna parte; pero como los automóviles, aunque no se muevan, aunque se ha-

yan convertido en «autoinmóviles», ocupan espacio, su mera presencia impide que se vaya a ninguna parte de otro modo, por ejemplo a pie. Su función principal es la obstrucción pura y simple.

Añádase a esto el extremado «actualismo» —curiosamente asociado con la resurrección del siglo XIX—. Cuando antes se hablaba del «pasado», se entendía que se estaba hablando de unos cuantos siglos atrás; ahora son «pasados» los filósofos vivos —y ni siquiera es necesario que sean viejos—. Hace ya cinco años, Heidegger declaraba melancólicamente a «L'Express»: «En Alemania casi todo el mundo cree que he muerto». Para ser «actual» no se puede datar de más de diez años. La inmensa mayoría de los filósofos que «hacen ruido», campeones de la cita y la referencia, no están ni mencionados en la edición de 1965 del admirable y documentadísimo «Diccionario de Filosofía» de Ferrater Mora, en el cual no aparece tampoco la palabra «Estructuralismo». Es decir, que casi nada de lo que parece existir hoy existía hace diez años.

La cosa llega a extremos tragicómicos. Como casi todo el mundo tiene más de diez años de existencia adulta, son muchos los autores que renegaban de todo lo que habían hecho hasta el decenio anterior (o hasta hace tres años), lo descalifican y tratan de olvidarlo. Son como el hombre perseguido por los lobos que les arroja, no ya a un hijo, como el personaje imaginado por Ganivet, sino el brazo izquierdo, para intentar salvar el resto de su cuerpo, para conservarle alguna «actualidad».

¿Qué puede hacerse? La realidad es ciertamente histórica, pero esto no quiere decir que aparezca y desaparezca como los fuegos fatuos. Lo que el hombre «ve» —no dice que ha visto— es verdad, y lo es siempre; su visión no desaparece porque se añada otra, sino que se articula con ella. La historia de la filosofía no queda invalidada por sí misma, sino que va descubriendo el sistema histórico de sus verdades, que así van «reviviendo». Creo que esto es lo que se ve claro en un libro que publiqué hace treinta y tres años: su verdad y más profunda claridad. Parménides, Platón, Aristóteles, Descartes, Leibniz, Kant, están bien vivos, acaso más que ninguno de nuestros contemporáneos. Quizá no debemos preocuparnos mucho por la alarma de incendio en que se ha convertido la literatura filosófica; acaso aquella nave en que Platón hacía sus navegaciones no va a hundirse todavía.

Siempre queda un recurso inesperado: quedarse en casa y ponerse a pensar sobre la realidad.

Julián MARIAS

QUINIENTOS AÑOS

IMPRENTAS, BIBLIAS Y POLEMICAS

Nunca he sentido demasiada inclinación por lo que podríamos llamar el «amor propio local», y mucho menos por ese prurito, tan arraigado en todas partes, de exagerar o desaforar las «glorias históricas» del país. De ahí que las ya viejas polémicas acerca de la ciudad española donde funcionó la «primera» imprenta, o donde se publicó el «primer» libro, apenas me hayan interesado en su aspecto de rivalidad vecinal. Ciertamente, es importante aclarar el dato. Durante algún tiempo, la disputa parece que fue entre Barcelona, Valencia y no sé si Zaragoza. Últimamente, la tesis «valenciana», al parecer bastante sólida, tropezó con el alegato de Segovia: frente a las «Trobres» editadas en Valencia el 1474, se arguyen unas «Sinodales» segovianas del 1472. El asunto, de todos modos, sigue siendo confuso. Y no sé yo quien me meta a removerlo. Al fin y al cabo, insisto, la perspectiva justa no debe ser la de demostrar «quién fue el primero» —o sea: el más guapo—, sino otra, muy distinta, a la vez más modesta y más realista, que nos llevase a puntualizar en cada sitio, y por la cuenta que a cada sitio le tiene, el momento y la circunstancia de la introducción del invento gutenbergiano. Ahora culminan las ceremonias oficiales del V. Centenario de la Imprenta en España, y sus organizadores han querido contentar a unos y a otros, a Segovia y a Valencia. Daba lo mismo. En definitiva, la gente ni se ha enterado. Y quizá sea por algo de lo que explica McLuhan...

Sin embargo... La efeméride ha servido de cara al País Valenciano al menos, para que alguien haya puesto sobre la mesa una noticia inédita relacionada con el tema. Ese alguien es mi buen amigo Robert Moróder. La presente nota sólo aspira a repetir el hallazgo documental de Moróder, y airearlo en lo que tiene de sugestivo. En un artículo publicado hace pocas semanas en «Las Provincias», Robert Moróder nos «descubría» —hay que decirlo así— la existencia de una edición catalana de la Biblia que, con toda probabilidad, habrá que fechar en 1473. Ya el 1930, el canónigo Sanchis Sivera había levantado la pista, pero ni él ni sus lectores de entonces supieron valorarla en su justa medida. En el inventario de bienes de un Pere Garró, suscrita en Valencia el 8 de abril de 1475, se cita una «biblia de forma mejor, en pla, en llengua valenciana, de empremta, paper». ¿Cómo pudo

pasar desapercibida la referencia? La única biblia vernácula impresa antes del 1501 —incunabile—, en estos pagos, según lo que se sabe, es la de 1478, sacada de los trabajos de don Bonifaci Ferrer. Tal vez lo insólito del caso hizo despertar desconfianzas. Lo ignoro. Pero Moróder, con el apoyo del actual capitular que dirige el archivo de la Seo valentina, nos proporciona la certificación del texto, y la reafirma con otro. Del mismo 1475 es el inventario del patrimonio de un Berenguer Mercader «cavaller», que (¡léstima!) no es el Berenguer Mercader «Batle General», amigo de Rois de Corella e importador de tablas flamencas a la Italia del Magnánimo—: en él se lee la mención de «una biblia en forma mejor, en pla, en llengua valenciana de empremta, en paper, ab cobertes de fust ab quatre gafets...»

No soy un experto en la materia, desde luego. Pero salvo error u omisión —y valga el alibi tópico—, la coincidencia de ambos papeles del 1475 nos sitúa ante un libro hasta hoy desconocido: una biblia «en llengua valenciana», en primer término, y «de empremta», además. ¿Admite otra interpretación la cosa?... La lógica de los acontecimientos, por descontento, no la desmentiría. De un lado, los pioneros del negocio tipográfico, pensando en unas obvias preferencias del mercado —el eterno «marketing»—, bien pudieron empezar con la Sagrada Escritura «en pla». Hacia 1474 todavía no habían estallado los rúelos eclesiásticos sobre el acceso de los laicos a los Libros Revelados. Quien quiera que fuese el impresor, quien quiera que fuese su financiador, cristianos viejos o cristianos nuevos —y más aún éstos— nativos o forasteros, tenían que programar la biblia en idioma vulgar como operación editorial rentable. Por otra parte, tampoco ha de sorprendernos la absoluta desaparición de la tirada. Muchos libros de la época corrieron idéntica suerte. Y una biblia no pudo ser una excepción, sino todo lo contrario. De la traducción por el viejo cartujo Ferrer, que ya evocué, sólo ha llegado a nosotros una sola página: la última, afortunadamente, porque con el colofón alcanzamos a precisar factores materiales y morales históricamente decisivos. La Biblia valenciana del 1478 —el malogrado Rafael Tasis escribió una novela policíaca con la hipótesis de un ejemplar superviviente, ob-

yecto de robo a mano armada— fue víctima del fuego, a pesar de haber sido «corregida» por el propio inquisidor del reino...

Los clérigos hispánicos de finales del 400, y en particular sus jerarquías, no fueron partidarios de que los contribuyentes frecuentasen la Escritura. El temor se justificaba en la densidad del sustrato judaico de la población. Para continuar con mi paisanaje, sacaré a cuento el testimonio del erasmista Furió Ceriol, que en su «Bononia» —impreso en Basilea el 1556— propugnaba la difusión de la Biblia entre los feligreses, aun a costa de multiplicarla en dialectos. Copio la cita del bellísimo mamotreto titulado «De la lección de la Sagrada Escritura en lenguas vulgares», salido de la pluma de don Benito Monfort el 1791. «Habrá ciento y treinta años poco más o menos que se tradujo la Escritura en lengua Valenciana, y como unos quarenta que se imprimió esta versión excelentemente; a qual vedó al Pueblo el Tribunal que llaman de Inquisidores, porque decían haber llegado a entender que algunos de los Judios que quedaron en España después de expulsos de estos Reynos ciento y veinte mil de su secta, tomaban de estas Biblias sus ritos, y ceremonias, y el modo de ofrecer Sacrificios. Por cuya causa de tal suerte se prohibió la lectura de esta versión, que a los que no tuviesen raza ninguna de Judios, les era permitido leerla, a los demás no. Y lo mismo se proveyó en toda España...» Pero la maniobra iba mucho más allá. Ni siquiera los «cristianos lindos» tenían «permiso».

Las piras valencianas fueron encendidas el 1498. El Santo Oficio convocó, con graves penas, a la reunión del combustible. Junto a los papeles en hebreo, la ciudadanía hubo de entregar a los inquisidores las biblias de consumo diario: Al trasladar la Sagrada Escritura «en nuestra lengua moderna» (alguns dels tals tradadors han errat) y «molts hòmens lechs e ydiotes, legint per les tals escriptures, han caygut y cauen cada dia en horror y en dupte de les coses de la Fe»: «majorment alguns crestians novells y descendents de linage de jueus...» Etc. Ahí se consumió la Biblia del 1473 y la del 1478. Y, más tarde, si los cálculos de Furió no eran inexactos —probablemente, lo eran—, esa otra biblia valenciana publicada en torno de 1515... Y en seguida, cuando los judíos, adecuadamente machacados, ya no eran

peligro, vino lo de Lutero. Las veleidades mosaicas eran espantosas; el «libre examen» no lo era menos. Y se remachó el veto. Para leer el Pentateuco era imprescindible saber latín: a condición, además, de que fuese el Pentateuco de la Vulgata. De donde derivó una pintoresca situación, en la cual, bajo la paternal autoridad de los piadosos Austrias, la Biblia se convirtió en un libro clandestino, casi nefando, casi como un Henri Miller en U.S.A., cuando adoptaba la lengua del país. Se sabe de un teneur local, Jeroni Conques, que el 1566 sufrió persecución por —entre otras cosas— haber transferido al catalán de Valencia el Libro de Job... Digo todo esto para perfilar el planteamiento. La Biblia del 1473, fantasmagórica hoy, tuvo cuerpo. O pudo tenerlo.

Colocarla en el calendario nos devuelve a la espinosa cuestión de la cronología de la imprenta. Si en la primera mitad del 1475, los difuntos Garró y Mercader tenían en sus bibliotecas el poderoso folio de manufactura local —en llengua valenciana—, ¿cuándo comenzó a imprimirse dicha Biblia? El cálculo no es difícil. El señor Francisco Vindel ya lo hizo para fijar el origen del «comprehensorium», volumen de 334 hojas enormes, a doble columna, primero conocido con colofón estipulado: 23 de febrero de 1475. Si se acabó de imprimir ese día, ¿cuántos meses costó su elaboración? Vindel se remite a la Biblia de don Bonifaci Ferrer, que, bastante después, y con una extensión parecida, fue «començada en lo mes de febrer del any mil quatre cents setanta-set, e acabada en lo mes de març del any 1478». Trece meses, bien mirado, echando por bajo, semana más, semana menos. Robert Moróder concluye, y muy razonablemente, que a los paleotipógrafos de Valencia, puestos a elaborar su biblia, no les costaría menos tiempo. Probablemente más. Lo cual nos lleva a suponer que «antes» de las «Trobres» —hagan ustedes las cuentas— ya estaba en marcha —en máquinas, si más no— la biblia que compraron y legaron Garró y Mercader... Si mi ánimo fuese el del cotorreo localista, me regocijaría: como mínimo, Valencia quedaría empatada con Segovia (si lo de Segovia es lo que se dice). Pero no. No es eso, insisto. Ya es suficiente haber determinado un rasgo más del episodio... Y esa otra biblia en catalán...

Joan FUSTER

LICONIN, S. A.

Calle Muntaner, 462, 2.º, 2.ª B
Teléfono 248-10-03

Comunica a sus clientes que del
1 DE JUNIO AL 15 DE SEPTIEMBRE
establece su horario de verano, 8 h. a 14 h.

**CURSO
ACELERADO
DE
ORGANO**

Siga un curso de órgano en el mes de junio-julio, y en vacaciones sea Ud. el intérprete de sus melodías preferidas.
Bartolomé, Instrumentos Musicales
C. Hurtado, 35 (Craywinckel), Barcelona-6.
Teléfono 212-67-92

JORGE MOTA

Conferencia aclaratoria del
Congreso Juventudes Europeas
Día 5 de junio, miércoles, a las 20 horas
Casal del Médico, Vía Layetana 31, Barcelona